

Libros y autores, por Filebo

Hay mucha gente que me manda libros (que me los hace llegar graciosamente) pensando tal vez que yo soy crítico literario o algo semejante. Nada, nada, como apuntaba en sus días el poeta Eduardo Molina Ventura. Soy apenas una persona que se deja entusiasmar por la lectura de ciertos libros, y que, llevada por el entusiasmo, se toma la libertad de volcar en el papel (¿no dicen que el papel aguanta todo?) sus impresiones.

LA OTRA TARDE me visitaron en mi casa, algo alejada de lo que antiguamente era el "mundanal ruido", porque ahora todo es "mundanal ruido", dos poetas jóvenes: Francisco Véjar (nacido el 67) y Armando Roa Vial (nacido el 66). Andaban, naturalmente, con un regalo de Pascua. Un libro de Mosquito Editores me traía cada uno de ellos en calidad de obsequio. Ambos, libros de poemas, se comprende. "Continuidad del viaje", el volumen de Francisco Véjar, impecablemente impreso en papel que llaman reciclado (¿lo será en efecto?).

El conjunto de poemas abarca 44 páginas.

"El hombre de papel y otros poemas" se titula esta obra de Armando Roa Vial, quien, si mal no se recuerda, es autor, junto a Jorge Teillier, de "La invención de Chile" y, ya en forma independiente, de "Cartas a la juventud", también de data próxima. 40 páginas comprende el volumen de Roa Vial.

No hay gozo más grande que publicar un libro. Quizás el único gozo que pueda compararse sea la lectura de la crítica entusiasta del libro recién publicado.

Con Francisco Véjar, que es muy afectuoso de carácter, converso a menudo por teléfono. A Armando Roa Vial no lo conocía sino por referencias de familia. Es hijo de una especie de maestro clásico de nuestros estudios superiores humanísticos con cifras de honor en la investigación de los mundos abisales de la mente, el doctor Armando Roa Rebolledo, a quien muy personalmente evoco en la jornada del Encuentro Latinoamericano de Escritores celebrado en 1969, por el papel de organizador y animador que le cupo cumplir en todo lo relacionado con la participación de las escuelas de Medicina.

LA CHARLA con Véjar y Roa se extendió por unas dos horas. Yo no tenía apuro. Pasamos revista a la poesía nueva sin ánimo de dispersar las formaciones actuales existentes ni de menoscabar el prestigio de repentinas luminarias. Curiosamente (después tuve ocasión de cavilar sólo acerca del asunto) no tocamos para nada el tema de la polémica suscitada alrededor del último libro de Raúl Zurita.

VÉJAR Y ROA: REGALO DE PASCUA

Elogié esa tarde de buena fe el formato y la forma de colección en que ambos volúmenes aparecen presentados. Hice caso omiso del contenido por tratarse de una materia hasta ese instante misteriosa. No pude eludir, eso sí, esta observación: es raro el poeta joven que en la actualidad no rinda alguna suerte de homenaje a Enrique Lihn. Como empieza a suceder, de igual modo, con Rolando Cárdenas, cuyas "Obras completas", compiladas por la admirable amistad de Ramón Díaz Eterovic, constituyen un impresionante documento de época.

Ya de noche, en la soledad de mi cuarto, hice una primera lectura de Véjar y Roa. De este último me quedó dando vueltas la singularidad de la situación

descrita en el poema "Sótano": "De tanto jugar con el lenguaje/ olvidé cerrar la puerta de la palabra sótano/ y la noche se desbarrancó escaleras abajo/ entre paredes que se ajaban en silencio/ y estertores de relojes/ y baúles polvorientos/ y un vago tumulto de pensamientos muertos/ hasta perder sus raíces en medio de la oscuridad/ y entonces sentí que algo se despeñaba/ en la profundidad devorada de mi boca/ hasta convertirse en forma sombría/ en opresión de tierra/ y en proximidad de huesos".

CONSIDERÉ necesario también transcribir dos poemas muy breves de la entrega de Francisco Véjar, como testimonio de asombro ante lo sencillo que puede ser el asombro: "Blue Moon./ Han empezado a correr las horas./ Estoy vivo./ Una luna azul se posa en la ventana".

"No digan que soy pobre./ No digan que soy pobre/ todavía tengo un caballo de madera/ heredado de mi abuelo".

La poesía de la mirada, de los rincones, de los intersticios de la casa. Me acuerdo de los relatos de la antigüedad pagana: los dioses de los rincones. En el poeta sobrevive ese viejo paganismo. Filas, cantos, esquinas, rincones enriquecen el mueble esquinero de la poesía. Por ahí anda la niñez, se desliza a gatas, como un gato, la infancia.

Francisco Véjar y Armando Roa Vial, dos poetas jóvenes, nuevos. Sin uso, no abusan.



Enrique Lihn: es raro el poeta joven de hoy que no le rinda una suerte de homenaje en sus escritos.